

embargo, hombre-país capaz de inventar un paisaje, no es en modo alguno una figura aislada en la literatura mexicana contemporánea. Entre otras cosas, la riqueza de la literatura ensayística de hoy estriba en la amplitud del arco generacional que cubre, así como en el caudal y calidad de sus diversos actores, protagonistas múltiples que o bien son escritores que incursionan en dominios periféricos a la cultura literaria o bien son autores no específicamente consagrados al ejercicio de las letras pero que en virtud de la calidad de su escritura tienen carta de ciudadanía en la república literaria. Tal es el caso, por ejemplo, de los historiadores. México, país con una historia a la vez honda y tentativa, una historia a la par milenaria y en proceso de escritura, no ha dejado de producir, sobre todo desde la Independencia, una memoria escrita de plástico y vigoroso trazo. Si la historia de México puede leerse como un ensayo, ¿cómo no incluir en la historia del ensayo el capítulo de la historiografía que, de Alamán a Mora, Pereyra y Bulnes, nutre la idea de la prosa en México? De la misma manera que, toda proporción guardada, la literatura francesa no sabría prescindir de las figuras de Montesquieu o de Tocqueville, ni la inglesa de las de Hume, Macaulay y Gibbon, la historia del ensayo en México no podría recluir los nombres de algunos historiadores en los anales de la historiografía. Es el caso, por ejemplo, de Edmundo O'Gorman, Silvio Zavala, Fernando Benítez, Luis Villoro, Luis González y González, Enrique Florescano, Héctor Aguilar Camín o Enrique Krauze, que afirman y sostienen la ecuación entre memoria, rigor intelectual e invención verbal. De esta nómina cabe distinguir un par por su poderoso ascendiente en la prosa y en la investigación. Desde *Pueblo en vilo*, Luis González acuñó y puso en práctica una disciplina: la llamada microhistoria, memoria vertical de un pueblo o región. A ese oficio lo ha respaldado con una prosa inteligente y llana, de acendrado humor regional. Cuento que se cuenta, la historia puede tener también, para González, sabor de rancia leyenda popular. Enrique Florescano representa otra cara de Clío. Su biografía intelectual es la de una generación de historiadores que ha transitado desde las arduas disciplinas de la historia económica a la no menos irreductible historia de las mentalidades. Con *Memoria mexicana*, Florescano alcanza la madurez del ensayista capaz de asomarse a diversas provincias intelectuales, —la arqueología, la antropología, la historia de la cultura— extrayendo de ellas un hilo conductor y haciendo de la erudición el instrumento de una ingeniería intelectual que no pierde de vista la totalidad. La vertiente del ensayo que hace de la escritura un pacto crítico con la lectura, encuentra en ese historiador un modelo de rigurosa claridad. Pero de la misma forma que reconocemos la ciudadanía literaria de algunos practicantes de las ciencias sociales, debemos ponderar el peso que

en la historiografía propiamente dicha —o en otras disciplinas— han tenido las obras de algunos escritores. La publicación en 1982 de *Sor Juana Inés de la Cruz o Las trampas de la fe*, del ya citado Octavio Paz, no sólo arrojó nueva luz sobre la figura intelectual de la monja y sobre su tiempo, sino que coincidió con un nuevo despertar del interés por los temas de la historia y la cultura coloniales, y abrió nuevos derroteros a la invención de la memoria en México. Como, para sólo citar un ejemplo, el libro de Juan Pedro Viqueira *¿Relajados o reprimidos? Sobre las diversiones públicas y la vida social en la ciudad de México durante el siglo de las luces*. Los temas relativos a la historia de la cultura se vieron refrescados por la oleada conmemorativa del V Centenario, como puede atestiguarlo el éxito de *El espejo enterrado* de Carlos Fuentes, el libro y la serie de vídeos. Las relaciones entre el ensayo literario y la historia de la cultura no son en modo alguno inéditas. Sí lo es, en cambio, la decisión de escribir para un gran público un panorama de la diversidad cultural iberoamericana y de hacerlo llegar a través de diversas tecnologías (la cultura impresa y la TV). De hecho, *El espejo enterrado* forma parte de un subconjunto de prácticas ensayísticas que se han dado en México en los últimos años. Se trata del continuo que va del libro al vídeo, de la página a la pantalla. *El espejo enterrado* de Carlos Fuentes deberá cotejarse técnicamente con la serie de programas *México en la obra de Octavio Paz* o con los ocho capítulos de la *Biografía del Poder* escrita por Enrique Krauze. En todos estos casos resalta la condición ensayística de reflexionar sobre la historia sin perder un punto de vista personal. Por otra parte, la continuidad entre historia y literatura ha sido subrayada por el propio Carlos Fuentes en *Valiente mundo nuevo* y *Geografía de la novela*. Si en el primero nos hace ver que el padre de la novela hispanoamericana es el cronista Bernal Díaz del Castillo, en el segundo ahondará, a través del estudio de diversos autores, en el compromiso trágico del escritor con la historia. Ejemplo, en una generación mucho más joven, del vínculo vital que tiene el ensayo literario con la historia es el libro de Antonio Saborit *Los doblados de Tomóchic* donde se desdobra en ensayo un episodio histórico —el asalto militar contra un poblado indígena— que dio lugar a una de las novelas más célebres de la Revolución.

Siempre en los territorios de las ciencias sociales pero ya en las fronteras de la antropología, el ensayo mexicano que ayer encontró momentos literarios brillantes en las obras de Alfonso Caso, Ángel María Garibay y Laurette Sejourné, hoy cuenta con algunas páginas memorables en las obras de Miguel León Portilla (*Toltecáyotl*), Alfredo López Austin (*Tamoanchan* y *Tlalocan*), Eduardo Matos Moctezuma (*Muerte a filo de obsidiana*) y en las de Pablo Escalante, entre los más jóvenes. Por parte de

los escritores curiosos de las antigüedades mexicanas deben destacarse las evocaciones y descripciones que un poeta conocedor de la antigüedad clásica, Rubén Bonifaz Nuño, ha reunido en el libro *El mercado cósmico. De La Venta a Tenochtitlán*, donde cuadra la sobriedad taxativa de la lengua latina que tanto ha traducido con el enunciado castizo y severo de una arquitectura milenaria en la que parece cifrarse parte de nuestra historia.

El comercio de la crítica, el ir y venir entre la prosa literaria y la prosa bien articulada en otras disciplinas intelectuales que presta al ensayo buena parte de su vigor, es particularmente palpable en el caso de la filosofía. Si Antonio Caso, José Vasconcelos, Samuel Ramos, Ramón Xirau, Leopoldo Zea y Antonio Gómez Robledo son nombres que José Luis Martínez supo incluir en su antología de *El ensayo mexicano moderno*, corregida y revisada en 1971 para el F.C.E., hoy, al cerrar el primer lustro de la última década del siglo, habría que añadir, primero, entre los autores de generaciones anteriores, los nombres de Jorge Portilla, Emilio Uranga y Luis Villoro, todos pertenecientes a la generación de la revista *Hiperión*. No habría que olvidar en esa enumeración, desde luego, a los filósofos españoles trasterrados, algunos de los cuales deben de ser incluidos en una historia del ensayo por su brío y su poder de articulación como Adolfo Sánchez Vázquez y Eduardo Nicol. Este último dejó en México algunos discípulos, entre los que destaca Juliana González, pensadora de cuestiones relacionadas con la ética, dueña de una voz y un estilo propios. La huella del magisterio español, sobre todo del de José Gaos, figura axial de la cultura mexicana contemporánea y cuyo perfil crece con los años, se advierte en pensadores como Fernando Salmerón, Luis Villoro y Alejandro Rossi. Al primero le han preocupado los temas relativos a la ética, a la filosofía y la educación; el segundo es autor de una obra rica pero unitaria que culmina en libros como *Saber, creer, conocer* que sugieren que, con eficacia y discreción, Villoro ensaya la construcción de un sistema; el tercero es quizás el filósofo mexicano contemporáneo que con mayor destreza y elegancia transita por el filo de la navaja del ensayo, renovando el género e imprimiendo de paso una velocidad inédita a las ideas en México. El diverso y constante autor de *Lenguaje y filosofía*, *Manual del distraído*, *Sueños de Occam*, *Diario de guerra*, acaso represente entre todos los filósofos aquí citados a la sensibilidad intelectual más próxima a la literatura y a la voluntad de estilo como forma y método de la imaginación. Engañosamente breve, a la vez nítida y capciosa, la obra ensayística de Alejandro Rossi transita por la autoobservación y la crítica filosófica, sin perder nunca ni el acento de un timbre personal ni el rigor de una andadura intelectual que sabe contener y disparar la invención y dar respuesta profana y carismática a las preguntas humanas y divinas. Luego de